



Evangelización: Gracia y Vocación

+ ARTHUR J. SERRATELLI, STD, SSL, DD, OBISPO DE PATERSON

I. Una Teología Bíblica De Evangelización

A. Jesús Y La Evangelización

1. JESÚS Y LA BUENA NUEVA

[1] “Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: ‘el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva’” (*Mc* 1:14-15). Esta es la primera imagen que Marcos nos da de Jesús, cuando empieza su ministerio público. Jesús es el que proclama el Evangelio. Al ser Marcos el primer evangelista que escribe un evangelio, esta es la primera imagen bíblica de Jesús en su vida pública.

[2] Marcos pinta este retrato inicial de Jesús con el verbo “proclamar” (*κηρυσσειν*) y el sustantivo “evangelio” (*ευαγγλιον*). Ambas palabras son significativas. Cuando Isaías habla del retorno del pueblo de Dios a la Tierra Prometida, terminando el exilio de Babilonia, el profeta usa la palabra *מבשר*, es decir, “el que porta buena nueva” (*Is* 40:9 y 41:27). Cuando el bosqueja el retrato de ese mensajero, el profeta dice: “Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión: ‘Ya reina tu Dios’” (*Is* 52:7). 1

[3] En estos tres lugares, Isaías nos dice que Dios triunfa sobre el mal. Dios rompe el yugo de la opresión. Libera a su pueblo. Establece su reino. Todo esto ocurre a través de

la palabra del que hace el anuncio, “el que porta buena nueva.” 2

[4] En el tiempo en que Marcos viene a escribir su evangelio, “el que porta buena nueva” (*מבשר*), o “el que evangeliza”, viene a ser un término técnico en el judaísmo palestino, para aquel que inaugura la era mesiánica. Al describir a Jesús en el preciso comienzo de su evangelio con este lenguaje, Marcos presenta a Jesús como el Mesías portador de la buena nueva que alegra a la humanidad.

[5] Cuando Mateo registra la actividad de Jesús después de un largo período de tiempo, dice: “Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva...” (*Mt* 4:23; cf. *Mt* 9:35). En el evangelio de Lucas, las multitudes de Cafarnaún están tan impresionadas por todos los milagros que Jesús hace en su ciudad, que intentan retener a Jesús. A la respuesta de Jesús, “También a otras ciudades tengo que anunciar la Buena Nueva... porque a esto he sido enviado,” Lucas añade esta nota: “E iba predicando por las sinagogas de Judea” (*Lc* 4:44). Para Mateo y Lucas, la evangelización, esto es, la proclamación del Evangelio, resume la actividad de Jesús.

[6] Lo que impresiona a Mateo, Marcos y Lucas, y que ellos quieren que nos impresione, es el hecho de que todo lo de Jesús: predicación, enseñanza, exorcismos, milagros, actos de compasión y perdón, proclama el Evangelio. La misión de Jesús es la buena nueva. Todo lo que hace para hacer presente el reino de Dios, es evangelización.

[7] En la primera visita a Nazaret

durante su ministerio público, Jesús expone su misión. Marcos y Mateo registran este hecho en su contexto histórico. Ellos sitúan bien esta visita dentro del ministerio público de Jesús. En cambio Lucas no. El tercer evangelista sitúa deliberadamente este hecho, como el primer relato del ministerio público de Jesús. Para Lucas, el hecho es programático. Eso descubre el significado de todo lo que sigue.

[8] Jesús sale renovado de su bautismo en las aguas del Jordán. El Espíritu descendió sobre Él. Ya ha gastado años en preparación. Ha estudiado cuidadosamente las Escrituras del Pueblo Elegido. El ha aprendido de ellas y de su diálogo íntimo con el Padre en oración, cual era su misión a cumplir. Jesús sabe que tiene que cumplir las antiguas profecías. El sabe que el plazo final, el último decreto de Dios, se cumple ahora a través de Él.



[9] En la sinagoga de Nazaret, Jesús está delante del pueblo que lo conoce bien, para revelarles lo que ellos no pueden por sí mismos. Deliberadamente abre el pergamino de Isaías, en el pasaje donde el profeta, lleno del Espíritu, habla de los últimos días. Lee los dos primeros versículos del capítulo 61: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido para anunciar

a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4:18-19). Con mucho cuidado, Jesús escoge este pasaje, que habla el lenguaje del Jubileo, porque Él ha venido a cumplir el propósito del Jubileo.

[10] Cada 50 años, Israel celebra el Jubileo. Los heraldos iban por todo el país para anunciar el Jubileo con sonido de trompetas. Con su anuncio, se cancelaban las deudas. El país volvía a ser una familia ancestral. Las puertas de la prisión se abrían. Los esclavos quedaban libres. Los dispersos volvían a su casa. Los débiles eran fortalecidos.

[11] Desde un punto de vista económico, el Jubileo balanceaba las escalas de la justicia. Desde un punto de vista sociológico, se restauraban los lazos familiares. Pero, lo más importante, desde una perspectiva religiosa, el Jubileo sostenía a los ojos de Israel, la gracia de su existencia.

[12] Los hebreos habían sido esclavos en Egipto. Dios los sacó de Egipto a la libertad. El los formó como su propio pueblo escogido. El les dio la tierra. El la asignó a cada una de las tribus y sus descendientes. En cada Jubileo, la devolución de la tierra a sus propietarios originales, le recordaba a Israel que su verdadera vida era un regalo de Dios.

[13] Para Lucas, la primera predicación de Jesús en la sinagoga de Nazaret, expone el programa de su ministerio. Eso también nos muestra un vistazo del mismo conocimiento de Jesús, en el puro comienzo de su ministerio público. Jesús usa el verbo “portar la buena nueva” (ευαγγελίζω) y el verbo “proclamar” o “anunciar,” (κηρυσσειν) para hablar de su predicación. Utiliza el lenguaje del Jubileo, porque sabe que su palabra es el toque de trompeta que inaugura la nueva era. Su palabra crea y realiza lo que dice. Su predicación instala el reino de Dios en la

tierra. Jesús sabe que Él es el profeta escatológico.

[14] Los tres evangelios sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas, nos muestran, por lo tanto, que Jesús vino a evangelizar. Su bautismo en el Jordán, lo induce a esta misión. Como dice el mismo Jesús: “El Espíritu del Señor... me ha ungido para anunciar la Buena Nueva (ευαγγελίζω; evangelizar)” (Lc 4:18). Sin embargo, Jesús no sólo proclama la Buena Nueva, sino que también la hace una realidad en la vida de los que aceptan su mensaje, Él es siempre el más grande evangelizador.

2. JESÚS Y EL REINO DE DIOS

[15] Como el más grande evangelizador, Jesús predica sobre el reino de Dios. Ninguna otra persona en la Escritura, ni antes ni después de Jesús, hizo del reino de Dios, el corazón de su mensaje. Pero Jesús sí lo hizo. De hecho, nadie más podría hablar del reino como lo hace Jesús. 3

[16] El pueblo de Dios esperaba ansiosamente la venida del reino. Aunque la monarquía davídica desaparecía gradualmente en la oscuridad, los profetas mantienen viva la esperanza de que un día Dios intervenga y establezca su reino en la tierra. La disposición universal de Dios en la tierra, podría llevar a Israel de regreso a su tierra, incluyendo a los gentiles y llevarlos a adorar un Dios (cf. *Mi* 4:1-8; *Is* 52:7-15; *So* 3:14-20; *Ps* 47).

[17] Los judíos del tiempo de Jesús estaban muy familiarizados con el concepto del reino de Dios. En la literatura apocalíptica judía, ‘el reino de Dios’ significa la repentina intervención de Dios, que termina la historia humana tal como la conocemos e inaugura un orden nuevo. En la literatura rabínica, el reino de Dios no se esperaba como el final del tiempo, sino como una realidad que ya había empezado con la historia humana. Para los rabinos, la observancia fiel de la Torá, los

introduce en “el aquí y ahora”, el orden de la voluntad divina. En el siglo primero, los judíos esperaban la venida del reino en su propia vida. 4

[18] Jesús habla directamente de esa expectativa del reino de Dios. Mateo, Marcos y Lucas nos lo recuerdan claramente. Marcos menciona el reino de Dios dieciséis veces. Lucas lo menciona treinta y dos veces. Mateo habla del reino de Dios solamente tres veces. Sin embargo, habla del reino de los cielos, treinta veces. Como un judío piadoso, Mateo prefiere no nombrar a Dios. Usa “cielo” como una circunlocución de ‘Dios’. Para Mateo, el reino de Dios y el reino de los cielos son la misma cosa. Claramente los tres evangelios sinópticos recuerdan que el tema del reino de Dios pertenecía al ministerio histórico de Jesús.

[19] En el Nuevo Testamento, el reino de Dios (η βασιλεια του θεου) no se refiere a un territorio bajo la autoridad de Dios. Más bien, se refiere al reglamento o ejercicio de la autoridad de Dios sobre la persona humana y el mundo. ‘Reino’ es más un hecho que un lugar. El reino de Dios consiste en que Dios es rey, que Él revela su presencia con poder y gloria, con justicia y misericordia. El reino de Dios es la venida de Dios en su regulación sobre el mundo. Es algo que el mismo Dios realiza. Ello no depende del hombre. Es el hacer de Dios, su acción, su iniciativa. Es un puro don. “A vosotros se os *ha dado* el misterio del Reino de Dios” (*Mc* 4:11).

[20] En su predicación, Jesús acentúa la prioridad de la actividad de Dios, para establecer el reino entre nosotros. En las parábolas gemelas del tesoro escondido y la perla de gran valor (*Mt* 13:44-46), el reino viene como una sorpresa. Es un regalo inesperado. El hombre balbucea sobre el reino. No lo consigue con su esfuerzo. En la forma en que Jesús comienza su predicación, pone el acento en la gracia. Sólo después que anuncia que el reino está cerca,

hace el llamado al arrepentimiento (cf. *Mc* 1:14). Conversión es una consecuencia de la presencia de Dios en nuestra vida, no un requisito previo para ello. Dios actúa primero. Nosotros respondemos.

[21] Algunas veces, Jesús habla del reino como si no hubiera venido todavía. Enseña a sus discípulos a orar para que venga el reino (cf. *Mt* 6:10). Los exhorta a buscar el reino, puesto que aún no lo poseen (cf. *Lc* 12:31). Y les promete además que el reino va a llegar en la vida de algunos de sus discípulos (cf. *Mc* 9:1; *Mt* 16:28; *Lc* 9:27).

[22] Otras veces, Jesús habla del reino de Dios como algo que ya vino. Cuando cura al hombre poseído, dice: “Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (*Mt* 12:28; cf. *Lc* 11:20). Jesús dice que si alguien tiene la humildad de un niño pequeño “es el mayor en el Reino de los cielos” (*Mt* 18:3). Hasta Juan el Bautista, fue el tiempo de la ley y los profetas. Con Jesús, se predica el reino de Dios (cf. *Lc* 16:16). A través de su palabra y sus obras, Jesús introduce el reino de Dios.

[23] El mundo escuchó la predicación de Jesús. El mundo miró el rostro de Dios en la compasión de Jesús. El mundo oyó el llamado a aceptar el mandamiento del amor de Dios. Pero el mundo lo rechazó. El mundo clavó en la cruz al mayor evangelizador que se haya conocido.

[24] La Cruz es el rechazo del hombre a la soberanía de Dios. Es la negativa de permitir a Dios que nos acoja en el abrazo de su amor. La Cruz es la culminación de todo el rechazo a la predicación de Jesús sobre el reino de Dios. Forma un todo con el pecado de cada persona.

[25] La negativa del hombre, no puede matar el amor del Dios vivo. “No pueden los torrentes apagar el amor, ni los ríos anegararlo” (*Ct* 8:7). El hombre rechazó a Jesús. Dios puso su sello de aprobación en él. El hombre crucificó a Jesús. Dios

resucitó del sepulcro a Jesús Crucificado. En la pasión, muerte y resurrección de Jesús, Dios entrega una completa expresión de su reino de amor. “Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia. Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo” (*Jn* 1:16-17). 5

[26] La resurrección de Jesús es la intervención definitiva y escatológica de Dios. La resurrección revela que la buena nueva proclamada y vivida por Jesús, es la perfecta expresión del amor y la gracia de Dios. La resurrección da un vuelco total a la historia pecaminosa del hombre. Eso realiza el reino de Dios en nosotros.

[27] En una palabra, el reino de Dios, es la llegada de Dios entre nosotros, en Jesús. Es la extensión del mandamiento del amor en la persona de su propio hijo muy querido. En la encarnación de su Hijo, Dios establece su mandamiento de incondicional amor entre nosotros. Por amor de Jesús resucitado, Dios nos presenta su amor. 6

B. Evangelización Y La Iglesia

1. LA IGLESIA Y LA PROCLAMACIÓN DE JESÚS COMO SEÑOR

[28] Jesús predicó el reino. Él lo instauró con su vida, muerte y resurrección. Aún más, su robusta predicación del reino se desvanece ante la deslumbrante luz de la mañana de pascua. Después de la resurrección, los apóstoles no proclaman más el reino como lo hizo Jesús. Ahora ellos proclaman a Jesús crucificado y resucitado como el Señor.

[29] En Pentecostés. Pedro se levanta ante la multitud en Jerusalén y dice: “A Jesús de Nazaret, hombre acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por su medio entre vosotros... a este hombre... vosotros le matasteis clavándole en la cruz...

pero Dios lo resucitó a la vida” (*Hch* 2:22-24). Pedro concluye su primer sermón con una valiente proclamación: “Dios ha constituido Señor y Cristo a ese Jesús a quien vosotros habéis crucificado” (*Hch* 2:36). El apóstol Pablo resume el contenido de este mensaje de la misma forma. “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor” (*2 Cor* 4:5). Por lo tanto, la obra de evangelización de la Iglesia, empieza y se centra en el Señor resucitado.

[30] Por eso, el Evangelio no es simplemente acerca de Jesucristo. El Evangelio es Jesucristo. Él es la última revelación de Dios. Entre la predicación de Jesús del reino de Dios, y la predicación de la Iglesia sobre Jesús, hay una profunda continuidad. Al proclamar a Jesús crucificado como el Señor, la Iglesia anuncia que el reino ha llegado en una nueva forma. Durante el ministerio público de Jesús, Dios introdujo su mandamiento por medio de las palabras y hechos de Jesús. Ahora, Dios extiende su mandamiento del amor por medio del Señor resucitado que derrama sobre el mundo el don del Espíritu Santo.

2. LA IGLESIA Y EL ESPÍRITU SANTO

[31] En los primeros versículos del evangelio de Marcos, Juan el Bautista dice a las multitudes en el río Jordán, que él los bautiza con agua; pero el que viene detrás de él, que es más fuerte que él, bautizará con el Espíritu Santo (cf. *Mc* 1:8). En ninguna parte, en todo el evangelio de Marcos, se dice que Jesús cumple esta profecía durante su ministerio público. Sin embargo, Marcos si indica que Jesús cumple esta profecía en la crucifixión.

[32] Marcos nos dice que, en la Cruz, Jesús “lanzando un fuerte grito, expiró” (*Mc* 15:37). Literalmente, Marcos dice: “Jesús, habiendo lanzado un gran grito, emitió el espíritu.” El evangelista usa la expresión “expiró” (ἐξεπνευσεν) al momento de la muerte de Jesús. Implícitamente, Marcos conecta la

muerte de Cristo con el don del Espíritu Santo. Este es el momento en que Jesús cumple la profecía del Bautista, sobre Jesús y el Espíritu Santo. La Cruz es el bautismo en el Espíritu.

[33] Los otros escritores sinópticos, igualmente, consideran el último acto consciente de la muerte de Cristo bajo el mismo aspecto. En su muerte, Jesús no sólo entrega su espíritu humano al Padre. Él da el Espíritu Santo a la Iglesia (cf. *Mt* 25:50; *Lc* 15:37).

[34] Cuando Dios resucita a Jesús de la muerte, Dios lo hace “Espíritu que da vida” (*1 Cor* 15:45). Juan lo hace muy explícito en su narración de la pascua. La noche de la pascua, el Señor llega repentinamente a sus apóstoles, reunidos con las puertas bien cerradas en el Cenáculo. Les dice: “Como el Padre me envió, también yo os envío. Dicho esto, sopló y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo’” (*Jn* 20:22). El da el Espíritu, para que la Iglesia pueda continuar su misión.

[35] Cuando el Espíritu Santo descende sobre María en la Anunciación, ella concibe y lleva al Hijo de Dios dentro de ella. Sigue inmediatamente la Visitación. El amor interno, impulsa a amar hacia fuera. María va donde Isabel. Lleva la buena nueva de lo que Dios está realizando por medio de ella. Esta misión kerigmática, se convierte en la ocasión de una efusión del Espíritu Santo en los dos, Isabel y el bebé que está en su vientre.

[36] Cuando en Pentecostés, el Espíritu descende sobre la Iglesia con signos visibles de fuego y viento, los apóstoles quedan llenos del Espíritu Santo. Ellos inmediatamente se lanzan a las calles a predicar el Evangelio. Empiezan su misión. Con la venida del Espíritu Santo, la Iglesia, como María, se convierte en evangelista. 7

[37] Nacida en Pentecostés, la Iglesia nace para evangelizar. Ese es su deber. Esa es la razón de su existencia. “Evangelizar constituye, en

efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar.” 8 Es decir, invitar a otros a oír la Buena Nueva y aceptar a Jesús como el Señor, es la dimensión permanente y vital de la vida de la Iglesia. Por su misma naturaleza, la Iglesia es misionera. La Iglesia siempre está abierta para otros. Ella nunca puede permanecer encerrada en sí misma. A todos, ella lleva la Buena Nueva de que Jesús es el Señor.

[38] El Espíritu Santo mueve la Iglesia a evangelizar. En efecto, ‘nadie puede decir: ¡Jesús es Señor! Sino movido por el Espíritu Santo’ (*1 Cor* 12:3). En Pentecostés, los discípulos vienen a entender que todas las promesas y esperanzas del Viejo Testamento, se cumplen ahora en Cristo. Lo que parecía oscuro, resulta claro. El Espíritu les da una penetración y entendimiento profundos del misterio de la salvación. Ellos saben ahora que la muerte de Cristo era parte del eterno plan de Dios para salvar al mundo. 9

[39] La muerte de Cristo no fue accidental. Es el resultado inevitable de los actos y enseñanza de Jesús, que se ofrece a sí mismo como el camino, la verdad y la vida. El mundo rechazó su reclamo, pero Dios demostró la verdad de su vida y misión, resucitándolo de la muerte. La resurrección hace universal todo lo que Jesús dijo e hizo. Su vida resulta salvífica para todo el mundo.

[40] Cristo es el nuevo Adán (cf. *Rm* 5:12-19). “Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, los seres de la tierra y de los cielos” (*Col* 1:18-21). Jesús, que nació de la Virgen María, crucificado, muerto, sepultado y resucitado de la muerte, es “causa de salvación eterna para todos los que le obedecen” (*Hb* 5:9). Tal como Pedro lo proclamó audazmente ante el Sanedrín: “Porque no hay bajo el

cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos” (*Hch* 4:12).

[41] Entonces, la obra de evangelización de la Iglesia, se centra en la persona misma de Cristo. “No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio del Señor de Nazaret el Hijo de Dios.” 10 Cristo es el Salvador de todos. No debemos avergonzarnos de compartir esta Buena Nueva con los demás. 11

[42] El Espíritu que impulso a evangelizar a la Iglesia en su primer intento, es el mismo Espíritu que recibimos en el Bautismo, Confirmación, y para algunos, en las Órdenes sagradas. El Espíritu nos guía hacia una profunda relación con el Padre a través del Hijo.

[43] El Espíritu Santo nos introduce en una comunión de vida con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Somos creados de nuevo. Somos transformados, porque nos conceden compartir en Cristo su propia filiación (cf. *Gal* 4:4-7). Resultamos siendo “partícipes de la naturaleza divina” (*2 Pt* 1:4). Hemos sido elevados al dinamismo del amor divino, que nos impulsa a compartir los dones de Dios con los demás.



[44] El Espíritu nos permite entender mejor el misterio de nuestra redención. El Espíritu Santo, que es el amor, nos incita a compartir la verdad del Evangelio con los demás. “El Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: Él es el que impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación.” 12

[45] ¡Qué verdad tan poderosa es esta! ¡Qué consuelo! El Espíritu Santo está siempre presente para nosotros en la vida y el trabajo de la Iglesia y en cada una de nuestras vidas. Es la fuente de nuestra inspiración, el consuelo en nuestras pruebas, y la fortaleza en nuestros esfuerzos. El Espíritu abre nuestros corazones a los demás, nos mueve a escuchar sus profundas necesidades, nos favorece con los dones que necesitamos para atestiguar la verdad del Evangelio y guiar a otros a la Iglesia donde encuentran a Cristo. 13

II. Base Teológica Para Una Nueva Evangelización

A. Necesidad de una nueva evangelización

[46] En la cultura contemporánea, hay una necesidad urgente de una nueva evangelización. Vivimos bajo la tiranía del secularismo. La religión está marginada. La fe se juzga inaplicable. Los secularistas radicales, sistemáticamente quitan los símbolos religiosos de los lugares públicos. Excluyen la expresión de verdad religiosa de las discusiones públicas sobre ética, economía y política. Donde ellos triunfan, nos roban el rico patrimonio de nuestra herencia religiosa.

[47] Más aún, vivimos bajo la regla del relativismo. Los relativistas sostienen, que ninguna verdad puede tener una afirmación absoluta en el entendimiento humano. Lo que es verdadero para una persona, no es necesariamente verdadero para otra. Como no admiten que exista una verdad objetiva que preceda a la persona, exaltan la tolerancia de todas las verdades, aún las que se contradicen, como una virtud para salvar la sociedad civil. En efecto, los relativistas ponen en peligro la verdad misma y nos imponen la dictadura del relativismo.

[48] Estas dos fuertes corrientes del secularismo y relativismo, erosionan la voluntad de muchos creyentes para evangelizar. Algunas personas bien intencionadas, dicen que es suficiente simplemente ayudar a otros, para resultar más fieles a sus propias convicciones religiosas. No es necesario dar la verdad del Evangelio o la enseñanza de la Iglesia. Otros dicen que es suficiente mejorar la condición humana, creando comunidades de justicia y paz. Ellos lo ven como un apremiante trabajo de evangelización. Evitan el mandato de mostrar a otros, cómo la justicia y la paz encuentran su sentido y cumplimiento en el Evangelio de Jesucristo. 14

[49] Sólo con un apropiado entendimiento de la unidad de Cristo y la necesidad de la Iglesia para salvarnos, podremos contrarrestar las corrientes del secularismo y relativismo. Sólo con una fe auténtica, podemos llevar valientemente el Evangelio a nuestra cultura contemporánea.

B. La unicidad de Cristo como revelador

[50] En Cristo, Dios ha revelado la más profunda verdad sobre sí mismo y su plan para salvarnos. 15 En Cristo, Dios ha salido del misterio de su ser y nos ha invitado a conocerlo tal como Él es, como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Lo que nunca pudimos saber por medio de la razón humana, Dios nos lo reveló libremente en Cristo (cf. *Mt* 11:27). Cristo es la definitiva y completa revelación de Dios. Como persona divina, él revela el rostro del Padre. Como es igual a nosotros en nuestra naturaleza humana, en todo menos en el pecado, también revela el hombre en sí mismo. Como Palabra de Dios hecha carne, Jesús es la luz que nos trae la verdad sobre nosotros mismos. De hecho, “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado.” 16

[51] La revelación dada en Cristo “introduce en la historia un punto

de referencia del cual el hombre no puede prescindir...” 17 Esa es la diferencia entonces, entre lo que la Iglesia ofrece y lo que otras religiones tienen para ofrecer. Las otras religiones, “no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. [Pero la Iglesia] anuncia y tiene obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es ‘el Camino, la Verdad y la Vida’ (*Jn* 14:6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa...” 18 “Esta autorrevelación definitiva de Dios, es el motivo fundamental por el que la Iglesia es misionera por naturaleza. Ella no puede dejar de proclamar el Evangelio, es decir, la plenitud de la verdad que Dios nos ha dado a conocer sobre sí mismo.” 19

[52] Porque Cristo es la última verdad sobre nuestra vida y destino, compartimos felices su Evangelio con los demás. Nunca imponemos nuestras creencias. No. Nosotros proponemos la fe. Dejamos que los otros abracen el Evangelio con libertad. Lo hacemos así, con la convicción de que la verdad nos hace libres (cf. *Jn* 8:32).

C. La unicidad de Cristo como Salvador

[53] Cristo es la verdad final de Dios. También es el Salvador del mundo. “Nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo. Elijiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo... hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra’ (*Ef* 1:5.10). Sólo hay un plan de salvación.

[54] En el misterio de la encarnación, pasión, muerte y resurrección de su único y amado Hijo, el Padre ofrece a todos, por medio del Espíritu Santo, el don de la vida eterna. “Los hombres, pues, no pueden entrar en comunión con Dios si no es por medio de Cristo y bajo la acción del Espíritu.” 20 “También los que no conocen a Cristo, han sido redimidos por él... y

la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina,... el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que se asocien a este misterio pascual.” 21 No hay salvación fuera de Jesucristo. 22

[55] Cuando hablamos de Cristo a los que no lo conocen, o a los que ya lo conocen pero no lo siguen, estamos mostrando a otros la forma que Dios estableció para que todos vengan a Él. 23 Nuestra obra de evangelización, guía a otros a ver el verdadero rostro de Dios. Eso les da la oportunidad de entrar más plena e inteligentemente en la amistad a la que Dios nos llama en Cristo. Eso disipa la oscuridad de la ignorancia y permite a otros caminar en la luz. 24 Evangelizar es siempre un servicio del amor.

D. La necesidad de la Iglesia

[56] En su vida pública, Jesús hace que sus discípulos tomen parte de su trabajo de predicar el reino de Dios. El escogió a los doce, para que lo acompañaran siempre. Los envía a predicar en su nombre (cf. *Mc* 3:13). Él asignó además setenta y dos discípulos para predicar y curar los enfermos. Era tan cercana la asociación de Jesús con aquellos que envió, que les dijo: “Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha” (*Lc* 10:16).

[57] Y después de la resurrección, Jesús permanece con sus discípulos. Tal como prometió en la última Cena (cf. *Jn* 14:18), envió el Espíritu Santo. Por el don del Espíritu Santo, los une más íntimamente a Él mismo, moldeándolos en su Cuerpo, la Iglesia (cf. *Rm* 12:4-5; *1 Cor* 12:12-30). La Iglesia es Cristo que es la cabeza, junto con todos los miembros. Cristo llena la Iglesia con sus dones, su verdad, con su plenitud. 25 Como enseña S. Agustín: “No hay otro misterio de Dios, fuera de Cristo.” 26 La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo.

[58] Como Cristo y su Cuerpo son uno, la Iglesia es necesaria para la

salvación. “Siempre unida de forma misteriosa a Jesucristo el Salvador, la cabeza, y subordinada a Él, ella tiene en el plan divino, una relación indispensable en la salvación del género humano.” 27 Por medio de la Iglesia, Cristo quiso estar presente en cada tiempo, en cada lugar, en cada cultura. Él es fiel a su promesa: “Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt* 28:20).

[59] Resumiendo, el papel de Cristo como Salvador es “singular y único, sólo propio de él, exclusivo, universal y absoluto. Jesús es, en efecto, el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos.” 28 El mismo Cristo crucificado y resucitado, es el misterio de la salvación. De su costado traspasado, continuamente derrama el don de su amor divino. Cristo, el Salvador, ha establecido a la Iglesia como “sacramento universal de salvación.” 29 Ha hecho de la Iglesia el instrumento por el cual se actualiza la vida de Dios en el mundo. 30 Cristo y la Iglesia no están separados en la obra de la salvación. En el plan de salvación de Dios, la Iglesia no es algo secundario. El dinamismo de la evangelización, por tanto, siempre se orienta a una plena participación en la vida de la Iglesia. 31

[60] La Iglesia está abierta a todos. Ninguno está excluido. Cristo envía sus discípulos a todas las naciones. Todos son llamados a la gracia de la redención. Por la predicación del Evangelio, la Iglesia llama a las personas a aceptar la palabra de salvación y ser bautizadas. “El que crea y sea bautizado, se salvará” (*Mc* 16:16).

[61] El bautismo hace de la persona un miembro de la Iglesia. Por el bautismo, el creyente muere y resucita con Cristo y comparte su misma vida (cf. *Rm* 6:4-5). Entonces, pertenecer a la Iglesia no es formar parte de una institución o estructura. Entrar a la Iglesia es entrar a la *communio* de la vida divina. Como enseña S. Cipriano, la Iglesia es “un pueblo hecho uno en la unidad del Padre y el Hijo y el

Espíritu Santo.” 32

[62] En la última Cena, Jesús oró: “Padre, haz que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, para que el mundo crea que tú me has enviado” (*Jn* 17:21). Entonces, la misión de evangelizar de la Iglesia, encuentra su origen en la *communio* de vida divina del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La misión de la Iglesia, que brota de esta comunión, logra su objetivo cuando los que oyen la Palabra, entran en la Iglesia y comparten su vida divina. *Missio* y *communio* no se pueden separar. En una palabra, invitar a otros a conocer a Cristo, significa abrirles la puerta para entrar en la Iglesia. 33

E. La misión de evangelizar

[63] Evangelizar es la misión de proclamar a Jesús como Salvador de todos. Significa llevar el Evangelio a todos los pueblos y en todas las situaciones. La evangelización está dirigida a los que nunca han oído el Evangelio; a los que lo han oído, pero han dejado de escucharlo; y a todos los que buscan la verdad. Evangelizar no es un programa ni una iniciativa. Evangelizar es una forma de ser iglesia. 34

[64] Evangelizar tiene un efecto positivo en la cultura. Al proclamar la Palabra de Dios a los corazones de los creyentes y no creyentes, la Iglesia instruye a los que escuchan sobre la verdad, la justicia y la caridad. Ella ilumina sus conciencias con las normas de la moral. Los incita a poner estas normas en acción. Así, al cambiar los criterios por los cuales la sociedad juzga sus valores, la Iglesia influye en la cultura para el bien. Donde se predica y abraza el Evangelio, la dignidad de la persona humana se eleva; se respeta la santidad de la vida; se aprecia la vida de la familia; y, se transforman los asuntos económicos y las relaciones políticas, en medios que producen justicia y paz.

[65] Como miembros de la Iglesia,

predicamos la persona misma de Cristo. Entonces, nuestro esfuerzo tendrá éxito sólo cuando nosotros mismos hayamos encontrado al Señor. Toda evangelización presupone que nos hemos convertido y que vivimos una relación íntima y personal con el Señor. Lo que el mundo de hoy necesita, es no sólo quien hable de Jesús, sino quien haga real su verdad con el testimonio de su vida. 35

[66] El apóstol Andrés demuestra cómo guiar a otros a Jesús con nuestro propio testimonio. Después de que Juan Bautista señaló a Jesús como Mesías, Andrés, que era discípulo de Juan, lo dejó y siguió a Jesús. Al día siguiente, “éste encuentra primeramente a su hermano, [Pedro], y le dice: ‘hemos encontrado al Mesías’ ” (Jn 1:41). Como Andrés, cuando nuestros corazones se llenan de alegría porque seguimos a Jesús, espontáneamente y sin temor, invitamos a otros a seguir a Jesús. 36



[67] Además, el seguimiento de Jesús, no puede hacerse fuera de la Iglesia. Hoy, algunos renuncian al papel de la Iglesia en la salvación. Otros lo ignoran. Otros lo niegan. Cristo mismo fundó la Iglesia. Pertenecer a Cristo es pertenecer a la Iglesia. Por tanto, necesitamos una fuerte conciencia de nuestra relación con la Iglesia, para poder cumplir el mandato de Cristo de evangelizar.

[68] Trágicamente, durante siglos, las diferencias teológicas, la corrupción y el orgullo humano, han fragmentado la Iglesia que Cristo fundó. Sin embargo, la Iglesia de Cristo “permanece en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y

por los Obispos en comunión con él.” 37 Algunos temen afirmar esta verdad, por temor a aparecer intolerantes. Al contrario, necesitamos aceptar esta verdad con toda humildad. Esta verdad no es una fuente de orgullo, sino un impulso para la misión.

[69] Como católicos, respetamos la libertad religiosa de los demás. También reconocemos que nuestra fe católica, es un tesoro para compartir, no para esconderlo tímidamente. Ser católico “no debe de ninguna manera hacernos indiferentes ante la verdad y el bien. Más aún, la propia caridad impulsa a los seguidores de Cristo a proclamar a todos la verdad que salva. 38 No puedes amar a Cristo sin amar a la Iglesia.

III. Praxis de la Evangelización

A. El mandato constante de evangelizar

[70] La Iglesia ha alcanzado su identidad, por el amor del Dios Trino. Así como Dios es amor y activamente empeñado en guiarnos hacia Él, así mismo la Iglesia se enriquece invitando a otros a entrar en el misterio de salvación. Desde cuando en Pentecostés, tres mil se convirtieron y entraron a la Iglesia, la evangelización permanece en una dimensión esencial de nuestra vida como Iglesia. Estamos llamados a salir del modelo de mantenimiento, hacia la misión. Estamos llamados a crecer. Una iglesia que no crece, se muere.

[71] Por eso, en la Iglesia particular de Paterson, cada parroquia tiene que comprometerse en un esfuerzo constante de evangelización. A las parroquias se les ha dejado escoger su propio plan, para realizar la evangelización. Para facilitar esto, cada pastor o administrador, debe nombrar una persona, que coordine los esfuerzos de toda la parroquia.

[72] El director de la evangelización

parroquial, debe formar un equipo de fieles parroquianos, para ayudar a la parroquia a cumplir su misión de evangelización. El director de la evangelización parroquial, debe ser un miembro permanente de toda la administración y de las reuniones del consejo parroquial. De esta forma, la evangelización mantiene una dimensión fundamental en todos los ministerios parroquiales. Como el mandato de evangelizar es del mismo Señor, podemos decir con Pablo: “Ay de mí si no predico el Evangelio” (1 Cor 9:16).

B. Propuestas de evangelización

[73] Como hay personas muy diferentes en la Iglesia, así también hay muy diferentes formas de realizar la misión de evangelización. Algunas personas se esfuerzan en introducir a otros indirectamente en la verdad del Evangelio. Escuchan al otro. Entran en diálogo. Buscan puntos de contacto entre lo que entienden los otros y las verdades de la fe. Otras personas asumen un acercamiento más directo. Anuncian la verdad. La explican. Discuten sus razonamientos. Confrontan descaradamente los pecados de la sociedad moderna e intentan demostrar cómo el Evangelio es el remedio. 39

[74] Evangelizar no es comunicar una ideología. Es el esfuerzo para llevar a alguien a un encuentro personal con el Señor resucitado. La proclamación del Evangelio, apunta al corazón y también al entendimiento. Por eso, cada acercamiento, debe empezar y terminar con un profundo respeto de la conciencia y buena voluntad del otro. Ninguna propuesta es, a priori, mejor que otra.

C. Características de una auténtica evangelización

[75] Inmediatamente después del relato de la primera conversión en Pentecostés, Lucas reúne fragmentos dispersos de la tradición, para for-

mar un mosaico de la Iglesia de Jerusalén. Dice: “Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (*Hch* 2:42). Este retrato de la Iglesia, sugiere cuatro aspectos esenciales o características, de la evangelización de la Iglesia en cada lugar y en cada época. Por eso, una cuidadosa mirada a esta imagen, puede ofrecernos hoy, formas para evangelizar.

1. FIDELIDAD A LA TRADICIÓN APOSTÓLICA

[76] La primera característica de la Iglesia de Jerusalén, es la fidelidad “a la enseñanza de los apóstoles.” La Iglesia, nacida de la enseñanza de los apóstoles, crece por medio de la fidelidad a su enseñanza.

[77] En Pentecostés, Pedro fue el primer apóstol en lanzar la misión evangelizadora de la Iglesia. Lucas da un interesante detalle en el registro de este primer esfuerzo misionero. Dice: “Entonces Pedro, presentándose con los Once, levantó la voz y les dijo” (*Hch* 2:14). La frase “con los Once” está llena de significado. Pedro no habla por sí mismo. El manifiesta la fe de todos los apóstoles. Predica la fe de la Iglesia. Lucas permanentemente hace esta observación en muchos de los discurso de Pedro. Pedro normalmente incluye a los otros, que hablan con y a través de sus palabras (cf. *Hch* 3:12, 15; 4:9; 5:32). Escogido por Cristo para liderar la Iglesia, lo hace en unión del colegio apostólico.

[78] He aquí una característica esencial de la evangelización. Con el trabajo de llevar a Cristo a los demás, les ofrecemos la fe de la Iglesia. No hacemos ningún servicio en que reduzcamos o eliminemos elementos de la enseñanza de la Iglesia, que son difíciles para el mundo actual. No son simplemente nuestros pensamientos, nuestras creencias personales y nuestros intereses, los que compartimos con los demás. Unida a Pedro, la Iglesia tuvo éxito en su primer esfuerzo de

predicar el Evangelio. Hoy, unida a Pedro en la persona del Santo Padre y al colegio de los Obispos, estamos llamados a permanecer fieles a toda la verdad del Evangelio, que se nos transmite por medio de la Iglesia.

[79] Por eso, estamos para hacer nuestra parte, de poner ante los demás la riqueza de nuestra fe católica. Nuestro conocimiento de la Sagrada Escritura, nuestra adhesión a la tradición, nuestra vida sacramental, en especial la Eucaristía y la reconciliación; nuestra unión con el Santo Padre, nuestra enseñanza social, nuestro compromiso con los pobres y nuestra devoción a los santos, especialmente a nuestra santísima Madre: esta es nuestra herencia espiritual y litúrgica, que necesitamos compartir con los demás.

a. Necesidad de evangelizar a los no creyentes.

[80] La evangelización, que es fiel a la enseñanza de los apóstoles, se hace de dos maneras. Primero, proclamamos el Evangelio a los no creyentes. Dios presenta a todo el mundo, su oferta de salvación en Cristo. Nosotros debemos extender nuestra asistencia a los que no conocen al Señor. Evangelizar alcanza su mejor momento, cuando presentamos a los demás la oportunidad de creer y experimentar la salvación, ganada para nosotros en Cristo.

[81] Cada uno de nosotros, tiene su papel en esta obra. Por su posición dentro de la Iglesia, los sacerdotes, diáconos y religiosos, tienen un papel destacado en la celosa proclamación de la fe a aquellos que están por fuera. 40 Los laicos tienen su especial y apropiado papel. Llamados a vivir dentro del mundo “se hacen valiosos pregoneros de la fe y de las cosas que esperamos.” 41

[82] Los laicos evangelizan dentro de las circunstancias ordinarias de la vida. Hoy, los laicos están involucrados en muchos y necesarios ministerios de la Iglesia. Pero, esto no disminuye el imperativo del aposto-

lado de los laicos en el mundo. Por su vocación como cristianos, los laicos están llamados a llevar el cristianismo a los lugares comerciales. Ellos hacen presente la palabra del Evangelio en la esfera temporal, con el testimonio de su vida y así, transforman el mundo. En medio de sus negocios temporales, los laicos son el fermento del Evangelio. De esa forma, cooperan en el crecimiento del reino de Dios en el mundo. 42

b. Necesidad de reevangelizar a los católicos

[83] Muchos católicos no asisten más a la Eucaristía dominical, ni frecuentan el sacramento de la penitencia, ni se casan por la Iglesia, ni se unen a las obras de caridad de la Iglesia. Algunos deciden deliberadamente apartarse, porque no están de acuerdo con una enseñanza determinada. Algunos han sido lastimados por los que representan a la Iglesia. Otros, ven la realidad de pecado en la Iglesia, y se apartan. Hay otros que, simplemente se han descarriado debido al trabajo o a la falta de atención en su relación con el Señor.

[84] Por tanto, aparte de predicar el Evangelio a los no creyentes y a los que buscan la verdad, estamos llamados a extender la mano a los católicos que se han alejado de la práctica de la fe. Cada uno de nosotros debe hacer un esfuerzo consciente y personal para volver a encender la fe en otros, especialmente en nuestra propia familia y entre nuestros amigos. Debemos escuchar las razones de su ausencia. Debemos reconocer su bondad intrínseca y su apertura hacia el Señor. Al escuchar sus historias, no podemos avergonzarnos de invitarlos a la casa a la que pertenecen, pues los amamos. Los jóvenes, pueden ser los mejores evangelizadores, cuando comparten su fe católica con sus compañeros.

[85] En algunos casos, una simple invitación, una palabra que les aclare que están equivocados, puede volver a despertar en ellos el deseo

de regresar. En otros casos, se requiere un largo y más paciente diálogo. Como el padre del hijo pródigo en la parábola de Jesús, debemos dejar la comodidad que nos rodea, para encontrar a los que han dejado la casa del Padre. Debemos apresurarnos a recibirlos con los brazos abiertos y darles la bienvenida, con corazón desbordado de alegría.

[86] Fuera de predicar el Evangelio a los que nunca lo han oído, o los que lo han oído pero no lo viven más, evangelizar incluye también la catequesis para los que practican la fe. Ambas, la formación de los jóvenes y la formación permanente de los adultos, son formas esenciales para “mantener la fe en la enseñanza de los apóstoles.” Muchos católicos no saben ni entienden la fe, tan bien como podrían. No han sido plenamente catequizados. Además, con el desarrollo de la medicina, biología y la tecnología, surgen cuestionamientos nuevos, que necesitan una respuesta actual, coherente con el Evangelio. 43

[87] Las homilias y sermones, programas de educación religiosa, catequesis familiar, escuelas católicas, retiros parroquiales, días de recogimiento; conferencias sobre la Escritura, teología, liturgia y moral, continúan la tradición apostólica, en una forma adaptada a nuestro tiempo. Cada parroquia, por tanto, debe ofrecer estas oportunidades a sus feligreses. Donde sea conveniente, las parroquias deben colaborar en estas obras. Así, pueden servir efectivamente a sus gentes, y fomentar el sentido de Iglesia entre los límites parroquiales.

2. FIDELIDAD A LA COMUNIDAD

[88] La segunda característica de la imagen que Lucas da de la Iglesia de Jerusalén, es la fidelidad “a la comunión (κοινωνία).” Comunidad, o *communio*, es el efecto visible del Espíritu de Pentecostés. De todos los distintos grupos de gente, de cada lengua y raza, el Espíritu Santo forma un cuerpo (cf. *Rm* 12:6-8 y 1

Cor 12:4-30). *Communio* es la verdadera naturaleza de la Iglesia. Como un pueblo preparado para entrar en la divina comunión de vida con el Dios Trino, la Iglesia se realiza a sí misma en el compartir una vida, tanto espiritual como temporal.

[89] En su Evangelio, Lucas cuenta la historia de Zaqueo. Cuando Jesús se invita a sí mismo a la casa del pecador, Zaqueo queda tan conmovido con el amor del Señor, que inmediatamente reforma su propia vida. El responde con desenfrenada generosidad. Da la mitad de su propiedad a los pobres y devuelve cuatro veces más, si algo ha tomado injustamente de otro (cf. *Lc* 19:1-10). Como los que se sentaron con Jesús a la mesa, somos llamados a extender la comunión con otros por medio de nuestras posesiones materiales.

[90] Lucas nos da esta nota históricamente ideal sobre la comunidad de Jerusalén: “Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno...compartían el alimento con alegría y generosidad” (*Hch* 2:44-46). Esta nota nos enseña que, cuando estamos unidos a Jesús, compartimos lo que tenemos. Su Espíritu Santo disipa las inclinaciones egoístas y las caídas de nuestra naturaleza humana. Su Espíritu hace que nuestro corazón golpee con la misma “generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza” (*2 Cor* 8:9).

[91] La vida cristiana es siempre una vida compartida con otros. Por eso, una parroquia es mucho más que un lugar donde la gente viene a descargar su obligación de adorar y luego desaparece. La parroquia es una red de relaciones en el Señor. Es un lugar de amistad sincera y preocupaciones mutuas. Por eso, cada parroquia resulta más efectiva para evangelizar, cuando los fieles forman una verdadera comunidad.

[92] Compartir los bienes materiales con los necesitados, construye comunidad, o *communio*, de una manera muy notoria. Tender hospitalidad y una cálida bienvenida en la iglesia; mayordomía en el compartir el tiempo, talentos y tesoro; pequeñas comunidades dentro de la parroquia; participación en los eventos sociales y proyectos de caridad; servir en los diferentes ministerios, en especial en el ministerio de los jóvenes: todo esto construye la comunión de fe y hace más fácil que otros encuentren a Cristo en la Iglesia.

3. FIDELIDAD A LA FRACCIÓN DEL PAN

[93] El tercer aspecto de la imagen de Lucas sobre la Iglesia de Jerusalén, es la fidelidad “a la fracción del pan.” No cabe duda que estos primeros cristianos siguieron el ejemplo del mismo Jesús. Frecuentemente en su ministerio público, Jesús se encontró a la mesa, al mismo tiempo con amigos y adversarios.

[94] Como un maestro respetable, se esperaba que Jesús guardara su distancia de los pecadores. ¡Él no lo hizo! Sus enemigos se quejaban: “Éste acoge a los pecadores y come con ellos” (*Lc* 15:2). Jesús vino a tender un puente entre lo santo y lo profano. Vino a llamar a los pecadores y darles su puesto con los justos en el reino. Lo hizo compartiendo una comida con ellos. Jesús utilizó la mesa comunitaria para evangelizar.

[95] Cualquier comida donde Jesús está presente, se convierte en una ocasión de auténtica comunidad. Sin embargo, “la fracción del pan” hecha en su memoria, nos hace presente a Jesús en el misterio de su muerte y resurrección. En la Eucaristía, nos hacemos uno con Cristo en la última Cena, uno con Él en el Calvario y uno con Él en la mañana de pascua. Al compartir su Cuerpo y su Sangre, nos convertimos en uno con los demás (cf. *1 Cor* 10:15-17). La Iglesia es lo más fiel a sí misma,

cuando celebra la Eucaristía. De hecho, la Eucaristía hace la Iglesia. 44 La Eucaristía también, conduce hacia la evangelización, que construye la Iglesia en fe y en amor. La aparición del Señor resucitado a los dos discípulos en el camino de Emaús, lo clarifica.

[96] El primer domingo de pascua, dos discípulos viajan de Jerusalén a Emaús. Están tristes por la muerte de Jesús. De repente se encuentran caminando con Jesús sin premeditación. El Señor resucitado, pacientemente explica las Escrituras que hablan de su muerte y resurrección. A cada paso, los discípulos salen de las tinieblas a la luz, de la desesperación a la esperanza. Sus corazones arden dentro de ellos, cuando Jesús aclara la palabra. Luego, cuando se sientan a la mesa con el Señor y parte el pan, finalmente lo reconocen. Aunque desaparece inmediatamente de su vista, su fe les asegura que realmente está con ellos como el Señor resucitado. Se apresuran con alegría hacia Jerusalén, para compartir la buena noticia con los demás. Su experiencia eucarística en el camino de Emaús los pone en la jornada de la evangelización.

[97] Como los dos discípulos en el camino de Emaús, los que son uno con el Señor resucitado, al compartir su Cuerpo y su Sangre, hacen partícipes a otros de la buena noticia de su presencia. La *communio* induce a la *missio*. Así como, la misión conduce a la *communio*. Los que aceptan al Señor, vienen a ser uno con el Señor en su Cuerpo, la Iglesia. De hecho, evangelizar encuentra su carácter definitivo en la Eucaristía, que hace real la comunión de la vida divina que es la Iglesia. *Communio* y *missio* no se pueden separar. La Eucaristía y la evangelización se llevan muy bien. 45

[98] Por eso, la vida de la parroquia, hay que vivirla de tal manera que, la Eucaristía sea el punto central, especialmente los días del Señor. Hay que animar a los fieles, para que asistan a la Misa lo más

frecuente posible. De esta forma, los fieles pueden compartir más fácilmente el regalo del amor divino. Cada parroquia debe proporcionar la celebración diaria de la Eucaristía. En aquellas parroquias donde esto no sea posible, los fieles pueden ser orientados hacia las parroquias vecinas. No está permitido en esta diócesis, reemplazar la Misa diaria con la distribución de la comunión. No se puede hacer nada que disminuya la singularidad de la Eucaristía, como nuestra participación en el sacrificio de la Cruz, como cima y fuente de la vida de la Iglesia.

[99] Al fomentar la *communio*, los sacerdotes y diáconos deben reconocer su papel propio y especial. Ellos son uno con todos los fieles por el bautismo. Sin embargo, están separados para servir a los demás, por una consagración especial del Espíritu Santo en su ordenación.

[100] Los diáconos tienen el privilegio especial de proclamar el Evangelio. Su propia y sólida preparación para predicar, hace mucho para edificar la comunidad. La buena predicación se centra en Cristo, como Maestro y Redentor. La palabra del predicador, atestigua la plenitud de la fe de la Iglesia, así como también la fe del predicador. El pueblo de Dios tiene el derecho de oír la Palabra de Dios predicada de tal forma, que la puedan entender. Por medio de las homilias y sermones, alcanzan un reconocimiento más completo del misterio de la salvación. Predicar lo que está bien preparado y doctrinalmente bien fundamentado, es un indispensable medio de evangelización. Aún más, los diáconos, igual que los sacerdotes, hacen evidente la palabra que predicán, por medio de sus obras de caridad.

[101] El ministerio de los sacerdotes, que empieza con la proclamación evangélica, deriva su poder y fuerza del sacrificio de Cristo. Todos sus empeños se orientan a una meta, a saber, que “todo el pueblo redimido y la congregación de los santos ofrezca a Dios un sacrificio universal por medio del Gran

Sacerdote, que se ofreció a sí mismo por nosotros en la pasión, para que fuéramos el cuerpo de tan sublime cabeza.” 46

[102] A todo sacerdote se le da el gran privilegio de celebrar la Eucaristía, en virtud de su ordenación. El sacerdote preside la Eucaristía in persona Christi. El sacerdote es el servidor de la liturgia. El es el administrador encargado de un don que no es propiamente suyo.

[103] Por eso, todo sacerdote tiene la obligación de celebrar la liturgia de una manera que de testimonio de la fe hacia la santidad del don dado a la Iglesia por el Señor. El tiene que ser fiel a las normas de la Iglesia en la liturgia, para así estar al servicio de la *Communio*, no sólo por la comunidad que directamente hace parte en la celebración, sino también por toda la Iglesia. La Eucaristía “es algo demasiado grande para que alguien pueda permitirse tratarlo a su arbitrio personal, lo que no respetaría ni su carácter sagrado ni su dimensión universal.” 47 El íntimo amor y devoción del sacerdote por la Eucaristía, verdaderamente ayudan a los fieles a crecer en su apreciación de este gran misterio.

4. FIDELIDAD A LA ORACIÓN

[104] La cuarta característica de la Iglesia de Jerusalén es la fidelidad “a las oraciones.” Estos primeros cristianos atesoraron su fe en el Señor resucitado, como el cumplimiento de las promesas y esperanzas de su herencia judía. “Acudían diariamente al Templo con perseverancia” (*Hch* 2:46; cf. *Lc* 24:53). Se reunían también en sus casas para alabar a Dios.



[105] Jesús mismo enseñó a orar a sus discípulos. Cuando vieron orando a Jesús, le pidieron que les enseñara a orar. El respondió enseñándoles el *Padrenuestro* (cf. *Lc* 11:1-4). También los instruyó con la parábola del juez injusto y la molesta e importuna viuda. Les inculcó “que era preciso orar siempre sin desfallecer” (*Lc* 18:1). En tiempo de la *Didaché*, el catecismo del siglo primero, los cristianos rezaban el *Padrenuestro* tres veces al día, en lugar del *Shemoneh Ezreh*, las *dieciocho bendiciones* de la oración judía, que se rezaban por la mañana, por la tarde y en la noche. 48

[106] Desde su mismo comienzo, la Iglesia ha sido una Iglesia orante. El primer acto de la Iglesia después de la Ascensión, es la oración común. “Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, y de María la madre de Jesús, y de sus hermanos” (*Hch* 1:14).

[107] Los discípulos esperan el don prometido del Espíritu Santo. Ellos no se precipitan a la obra de evangelización. Sólo después de que se les otorga el Espíritu Santo en Pentecostés, empiezan la misión de la Iglesia. Puesto que la evangelización depende del Espíritu Santo, los primeros discípulos empiezan todo su trabajo, abriéndose a la guía, inspiración y poder del Espíritu.

[108] Como la Iglesia crece, aumenta la tensión entre los discípulos de lengua aramea y los de lengua griega. Los apóstoles oran al Espíritu

Santo. Después de orar, ordenan a los primeros diáconos de la Iglesia (cf. *Hch* 6:1-70). Cuando los apóstoles se enteran que los samaritanos han recibido el Evangelio, Pedro y Juan van a Samaría. Ellos oran y los nuevos convertidos reciben el Espíritu Santo (*Hch* 8:14-17).

[109] La apertura de la Iglesia a los gentiles, es también obra del Espíritu Santo y la oración. Cuando Pedro estaba en oración al mediodía en el viejo puerto de la ciudad de Jope, recibe una revelación que lo conduce a bautizar al centurión romano Cornelio. Es el Espíritu que lleva a Pedro a tomar la decisión de recibir a Cornelio y otros gentiles en la Iglesia (*Hch* 10). Ni Pedro ni Pablo, ni el elocuente predicador Apolo, realizaron el crecimiento de la Iglesia. Dios lo hizo (cf. *1 Cor* 3:5-9). Por esta razón, la oración debe anteceder y acompañar cada trabajo del Evangelio. Toda la evangelización depende de la oración.

[110] Como enseña S. Juan Crisóstomo: “no hay nada más valioso que orar a Dios y conversar con El como compañeros.” 49 La oración constante permite que Dios actúe con nosotros. La oración nos convierte en instrumentos que orientan a otros hacia Cristo en su Iglesia. La oración abre nuestro corazón al Espíritu Santo, que es el alma de toda evangelización.

[111] Al final de la carta a los efesios, Pablo nos exhorta, “siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia...” (*Ef* 6:18-19). La oración intercesora promueve el crecimiento del reino de Dios en la tierra. Al final de la carta a los colosenses, Pablo propone a Epafras como un ejemplo para todos nosotros. Nos dice que “es un siervo de Cristo Jesús, que lucha siempre a favor vuestro en sus oraciones” (*Col* 4:12).

[112] Por eso, como parte de la obra de evangelización, toda parroquia debe animar a sus fieles, a orar por la misión de la Iglesia, especialmente por las vocaciones a la vida

matrimonial, a la vida consagrada, al diaconado y al sacerdocio. Una parroquia saludable tiene una vida fuerte de oración como comunidad, fuera de la liturgia. Pequeñas reuniones para orar; grupos de oración de hombres y mujeres; la lectio divina; devociones especiales a nuestra santísima Madre como el rosario; otras devociones populares como las novenas, el Vía crucis, la corona de la Divina Misericordia: son formas que hacen real la oración de la parroquia. Es de inestimable valor, la adoración al Santísimo Sacramento. Donde la Eucaristía es apreciada y adorada, crece la parroquia y florecen las vocaciones.

IV. La Vocacion y la Gracia de la Evangelización

[113] Los esfuerzos por evangelizar hoy, son nuestra voluntad de responder al mandato del Señor: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt* 28:19-20). El mandato de Cristo no permite una fría indiferencia con la obra de la evangelización.

[114] Dios quiere que todos se salven. El desea que todos lleguen a conocer la verdad revelada en Jesucristo (cf. *1 Tim* 2:3-4). Ha dado al mundo la Iglesia como el signo y sacramento de salvación. El ha dejado abiertas sus puertas, para que todo el mundo entre. En virtud del don de la fe y la vida divina dados en los sacramentos, todos los católicos estamos llamados a invitar a otros a que entren en la comunidad o *communio* de la Iglesia, donde ‘por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu’ (*Ef* 2:18).

[115] “Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos.” 50 Su Evangelio es la palabra que salva. Su Evangelio es la verdad que nos hace libres. Evangelizar es la gracia y vocación de la Iglesia universal.

Que la intercesión de la Santísima Virgen María que trajo a Jesús, Palabra de vida al mundo, haga que el Espíritu Santo avive en todos los clérigos, religiosos y fieles de la Iglesia de Paterson, una pasión por la nueva evangelización en nuestros días.

**Dada en el Centro pastoral
de la Iglesia de Paterson,
En la solemnidad de Pentecostés,
Mayo 11 del 2008.**

+ *Arthur J. Serratelli*

Notas finales

1. Gerhard Friedrich, εὐαγγελίζομαι, *Theological Dictionary of the New Testament*, vol. 2, edited by Gerhard Kittel, pp. 714-719.
2. Gerhard Friedrich, κηρυξ, *Theological Dictionary of the New Testament*, Vol 3, edited by Gerhard Kittel, pp. 700-702.
3. Robert J. Hater, “Distinctive Qualities of Catholic Evangelization,” *The New Catholic Evangelization*, edited by Kenneth Boyack, (Mahwah: Paulist Press, 1992), pp. 17-18.
4. Lucien Legrand, “Good News of the Kingdom or Good News of Jesus Christ?,” *Studia Missionalia*, 46 (1997), pp. 21-215.
5. Avery Dulles, S.J., “The Church and the Kingdom: A Study of their Relationship in Scripture, Tradition, and Evangelization,” *Letter and Spirit*, 3 (2007), pp. 23-27.
6. Legrand, *ibid.*, pp. 218-219.
7. Earl Muller, “The Holy Spirit, the Principal Agent of Evangelization,” *Studia Missionalia*, 48 (1999), pp. 140-142.
8. *Evangelii Nuntiandi*, 14.
9. Avery Dulles, S.J., “John Paul II and the New Evangelization,” *Studia Missionalia*, 48 (1999), pp. 168-169.
10. *Evangelii Nuntiandi*, 22.
11. Cardinal Francis Arinze, “The Unicity of Proclamation in a World of Religious and Cultural Plurality,” *Mission and Evangelization*, edited by Michael Hayes (London: Burns and Oates, 2004), pp.41-42.
12. *Evangelii Nuntiandi*, 75; cf. also *Go and Make Disciples* (United States Conference of Catholic Bishops, June, 2002), 65-69
13. Muller, *ibid.*, pp. 132-133.
14. cf. Congregation for the Doctrine of the Faith, *Doctrinal Note on Some Aspects of Evangelization*, December 3, 2007, 3.
15. cf. *Dei Verbum*, 2.
16. *Gaudium et Spes*, 22.
17. *Fides et Ratio*, 14.
18. *Nostra Aetate*, 2.
19. *Redemptoris Missio*, 5.
20. *Dominus Iesus*, 12.
21. *Gaudium et Spes*, 22.
22. cf. Angelo Scola, “The Event of Jesus Christ Today,” *Communio* 21 (Winter, 1994), pp. 577-587.
23. *Redemptoris Missio*, 5.
24. cf. *Doctrinal Note on Some Aspects of Evangelization*, 7.
25. cf. *Lumen Gentium*, 7.
26. St. Augustine, *Epistle 187*, 11. 34.
27. *Doctrinal Note on Some Aspects of Evangelization*, 16.
28. *Dominus Iesus*, 15.
29. *Lumen Gentium*, 48.
30. cf. *Lumen Gentium*, 2 and 9.
31. cf. *Evangelii Nuntiandi*, 23. cf. also Roch Kereszty, “Why a new evangelization? A study of its theological rationale,” *Communio* 21 (Winter, 1994), pp. 602-606.
32. St. Cyprian, *De oratione Dominica*, 23.
33. Father Rivers, CSP, “Eucharist and Evangelization: Two Sides of One Reality,” *Origins* 35, 11 (August 18, 2005), p. 189.
34. *Ibid.*
35. Pope John Paul II, *Ad limina Visit of the Bishops of Southern Germany*, December 4, 1992.
36. Margaret Nutting Ralph, “Jesus Encounters the Curious,” *The Bible Today*, January-February 2005, pp. 23-24.
37. *Lumen Gentium*, 8.
38. *Gaudium et Spes*, 28; cf. also *Doctrinal Note on Some Aspects of Evangelization*, 10.
39. Tony Krisak, “Evangelizing in an Active Way,” *Catechumenate*, July 2005, pp. 20-24.
40. cf. *Presbyterorum Ordinis*, 4; *Ad Gentes* 29, 30.
41. *Lumen Gentium*, 35.
42. *Apostolicam Actuositatem*, 2.
43. Cardinal Dulles, S.J., “Models of Evangelization,” *Origins* 31 (May 17, 2007), p. 9; cf. also *Go and Make Disciples*, 23.
44. Paul McPartlan, “The Eucharist, the Church and Evangelization: The Influence of Henri de Lubac,” *Communio* 23 (Winter, 1996), p. 780.
45. Bishop Michael Putney, “Evangelization in Australia,” *The Australian Catholic Record* (January, 2007), vol. 84, no. 1, p. 81. Cf. also Rivers, *ibid.*, p. 190.
46. *Presbyterorum Ordinis*, 2.
47. *Ecclesia de Eucharistia*, 52.
48. cf. *Didache*, 8, 3.
49. St. John Chrysostom, *Homily 6 on Prayer*.
50. *Redemptoris Missio*, 3.